

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 El sentido del trabajo
- Ludovico Videla* 6 Complejidad del problema del trabajo
- Toon Vandeveld* 16 Trabajo y autorealización
- Nikolaus Lobkowitz* 26 El sentido cristiano del trabajo
- Jorge Saltor* 37 Conocimiento y trabajo
- Hernán Zucchi* 45 La culminación de la *vita activa* en Hannah Arendt
- Cristina Corti Maderna* 55 La mujer y el trabajo
- Alberto Usieto-Blanco* 67 Presentación del Documento sobre la situación económica y social en Alemania
- 69 Documento: Secciones sobre trabajo y desempleo
- Etienne Perrot* 91 El porvenir del estado - Providencia

El sentido cristiano del trabajo. Un esbozo histórico

por Nikolaus Lobkowitz*

El trabajo se cuenta entre aquellas realidades que los hombres se han encontrado desde siempre, a más tardar desde el principio de la agricultura, pero cuya interpretación es en gran medida dependiente de la cultura, ya porque no siempre las mismas actividades son asumidas bajo los conceptos correspondientes y también porque el valor de muchas formas de trabajo se valoran diversamente de una época a otra. Ciertamente el modelo fundamental ha sido siempre la actividad corporal fatigosa cuyo ejercicio es coercitivo (en oposición al deporte, pero también a la caza), sea ello, porque sólo los menos pueden producir sin esfuerzo lo necesario para sobrevivir, sea porque como a los esclavos (y más tarde los peones siervos) les sea impuesto, y no sería cumplido por ellos. No por casualidad recuerdan las palabras radicales de la mayoría de las lenguas europeas, los esfuerzos como llevar carga o como servidumbre¹, a menudo también como dolor de parto (la palabra alemana que procede de *arvum*, "campo", es una de las pocas excepciones²), si bien más tarde en el uso de las palabras correspondientes se piensa a veces antes en el obrero manual (en la época carolingia: laboratores) que en el "trabajador ignorante". Sin embargo a ninguno de los antiguos autores se le había ocurrido p. ej. designar como "trabajo" la tarea de un soldado (aunque fuera un esclavo), muchos menos la actividad de una ama de casa.³

* Nikolaus Lobkowitz, Profesor de Filosofía. Presidente de la Universidad de Eichstätt. Miembro del Consejo de Redacción de la edición alemana de nuestra revista.

1 - En el famoso artículo *Señorio y Servidumbre de la Fenomenología del Espíritu*, que A. Kojève (históricamente falso) ha entendido como el relato del volverse hombre del animal, parece indicar Hegel que el trabajo podía en general surgir originariamente sólo por servidumbre (cf. *Enzyklopädie* (1830) p.434). Esta idea no ha quedado sin influjo sobre Marx: en sus *Escritos Juveniles* él oscila entre el pensamiento de que en el comienzo de la Historia hubiera podido ser evitada la alienación y la idea, que sin la explotación y alienación nunca se hubiera llegado a un trabajo desarrollado. Engels ha escrito más tarde una frase cómica sin quererlo sobre la contribución del trabajo a la "hominización del mono".

2 - En el antiguo alto alemán tiene a menudo trabajo la significación de "pena", "aflicción", a veces fueron expresadas con estas palabras los padecimientos del mismo Cristo.

3 - Es significativo para la historia la interpretación del relato de Marta y María (Lc.10,38 y ss.), que desde Orígenes y Agustín fue visto a menudo como ilustración de la oposición *vita contemplativa/vita activa*. La actividad de Marta nunca fue entendida como trabajo, porque no era trabajo que se opusiera a la contemplación (y ciencia). Porque Lucas emplea la expresión *diakonia* (servicio), fue reducida siempre la *vita activa* a los hechos de amor al prójimo. En cuanto la idea de la Antigüedad continúa hasta la Edad Media tardía, el trabajo no puede distinguir a ninguna "forma de vida".

Igualmente los primeros cristianos han podido mencionar una serie de profesiones, cuyo ejercicio hoy se califican como "trabajo", consideradas como menos honorables, como el del escultor, el pintor, el actor, el maestro elemental, empleados en los teatros y otros; Tertuliano veía la profesión de los comerciantes como poco digna de los cristianos.

Prescindiendo de ello se debe tener presente que hasta en el S. XIX apenas se daban trabajadores que manifestaran espontáneamente su actividad; esto hacía que determinadas formas de trabajo y oficios quedaran fuera del horizonte. Así se da en los primeros tiempos del cristianismo poca información sobre joyeros, talladores de marfil y gemas (y otras manufacturas de piedras preciosas), posiblemente, porque pocos de ellos eran cristianos.

Nos parece que puede escasamente tener sentido hablar del sentido cristiano del trabajo; ello sería posible, si se quiere, en lugar de disponerse a una teoría falta de historia, como ello aparece conveniente para este artículo, dirigirse a muchas fuentes cristianas (con lo cual se dan sin duda pocos resultados de investigación unánimes en textos modernos). Ciertamente hay definidas interpretaciones del trabajo a través de los siglos cristianos siempre recogidas de nuevo, pero también son éstas —si se las mira más exactamente— distintas de una época a otra. Las interpretaciones históricas de conceptos deben atender a un sobrestimar observaciones hechas entre paréntesis, en tanto que se lean a la luz de objeciones, que recién mucho más tarde llegan a sostenerse. Así es ocasionalmente aceptado en la literatura especializada, que ya en las fuentes cristianas tempranas el trabajo fue entendido como una colaboración de los hombres en la obra creadora de Dios, sin poder justificar esto en detalle.⁴

En una manera alcanza esto sobre todo en los primeros siglos ya para la conocida, citada siempre de nuevo, frase de la Segunda Epístola a los Tesalonicenses (3,10) de que quien no quiere trabajar, también debe no comer. Ella resume en el fondo sólo la insistencia repetida muchas veces por el Apóstol de los Gentiles, de que él mismo se ganaba su subsistencia, para no ser una carga para nadie; igualmente quiere Pablo en este lugar manifestar aquella censura a los que tomaban ocasión del próximo retorno del Señor para haraganear.

En todo difícilmente se puede interpretar este lugar del texto, como expresión, como sucede a veces, de un cambio fundamental respecto a (supuesta) menor valorización del trabajo entre los griegos y los romanos; se dan ciertamente autores antiguos, que hablan muy positivamen-

4 - Para que el artículo no se extendiera he renunciado a la justificación salvo pocas excepciones. También he abandonado una serie de cuestiones interesantes (por ej. esclavos, gremios y otras). AT es citado según la *Neuer Jerusalem Bibel* según la traducción de O.Karrer (1979). Abreviaturas: GS para *Gaudium et Spes*, LE para *Laborem Exercens*.

te especialmente sobre los campesinos, ellos ocasionalmente los celebran francamente (p.ej. Jenofonte, Plutarco y el estoico Antipatros de Tarso, más tarde en especial Virgilio; no se debe siempre tener en cuenta sólo a Platón y Aristóteles con su oposición a las actividades corporales y espirituales); por otra parte Pablo continúa a este respecto tradiciones judías, según las cuales se entendía para los rabinos, que ellos debían dedicarse a una profesión mundana, la mayor parte a un trabajo manual. Si se debe atraer la frase mencionada a una conexión, no es sólo difícil ratificar la afirmación por el Nuevo Testamento de figuras, que según los conceptos de autores no trabajan (p.ej. el centurión de Cafarnaum o el cortesano etíope en Hechos 4, 27-29), aparte de dejar de lado también con demasiada facilidad aquellos pasajes del Evangelio en que en base a la perspectiva escatológica se relativiza claramente la significación del trabajo profesional (especialmente en Lc.10, 38-42;12, 22-32;14,18-21) y es casi incomprendible, por qué Jesús ordena a sus discípulos abandonar el trabajo y seguirle, ciertamente porque El mismo –contra la tradición judía– dejó el oficio aprendido de su padre adoptivo (y por eso la veneración del “Cristo obrero” aparece recién en el S. XIX; hasta entonces se señalaba especialmente la humildad de Cristo: *erat subditus illis*, L. 3, 51).

De hecho ya en el Antiguo Testamento la valoración del trabajo es más variada de lo que primero se podía esperar. Adán es puesto en el Jardín del Edén para cultivarlo y cuidarlo, con lo que se indica que esto debe suceder por medio de la agricultura (Gen. 2, 5 ss.); pero por otra parte después del pecado, la tierra de labranza es por causa de ello maldita y el hombre debe comer el pan con el sudor de su rostro. En Egipto la vida de los israelitas es hecha gravosa “con duro trabajo con arcilla y ladrillos y con todos los trabajos posibles en los campos” (Ex. 1, 14, conf. 5, 6-18) y el general de David Joab castiga a los habitantes de las ciudades ammonitas, haciéndolos trabajar en minas y ladrillos (2 Sam.12, 31); pero al mismo tiempo los Salmos agradecen a Dios, que el hombre pueda cultivar plantas (104, 14), y lo ensalza el *Liber sapientiae*, porque él puede dominar con su trabajo sobre la Creación (9, 2). El libro de *Kohelet* se queja de la inutilidad de toda actividad de trabajo como un “soplo de viento” (2, 22-23) pero *Jesus Sirach* advierte de ser despreocupado “para el pesado trabajo de la tierra porque él ha sido mostrado por Dios” (7, 15) y califica a los perezosos como “repulsivos” (22, 1). Casi no se puede menos que agregar que ya en el Antiguo Testamento se da en el juicio sobre el trabajo una madeja pesimistamente quejosa (o también escéptica) y una optimistamente elogiosa.⁵ Esto se expresa entre otras cosas, en que la Sagrada Escritura frente al trabajo desde el propio dominio (que rige

5 - Así expresamente P.Lamarche en el t.XV aparecido en 1991, *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique*, 1187 ss. El artículo “trabajo” de esta importante enciclopedia es lo mejor que se ha escrito sobre el tema (sobre todo para la Edad Media, bajo muchas invocaciones a las investigaciones de J.Le Goff y sus discípulos; pero a la vez resulta claro, sin quererlo, qué grandes son –especialmente para la Edad Media– los azares de la investigación

como ordenado por Dios, conf. Josué 28,23-29), que forma el gran dominio de lo artificial, prueba una llamativa distancia (se encuentra su eco ocasionalmente aún en la Edad Media); él es considerado casi instintivamente como concurrencia frente a Dios y su Creación. No es casual que Caín sea llamado el primer fundador de ciudades y que Tubal-Caín “que forjó todos los instrumentos de toda la metalurgia y la artesanía del hierro” sea contado como su descendiente (Gén. 4, 17-22). También Pablo no habla una sola palabra sobre la gran belleza de la Acrópolis, en cuyas inmediaciones él anunció a los filósofos epicúreos y estoicos al “Dios desconocido” (Hech. 17, 19 ss.). Las obras más grandes de los israelitas son (respecto a sus antepasados) elogiadas como grandiosas como el Arca de Noé (Gén. 6, 13-16), especialmente cuando se trata de objetos de culto (el Sagrario en el desierto, Ex. 35, 4 ss.; el Templo de Jerusalén, I Reyes 5, 15-7, 51). Más tarde, bajo la influencia de Grecia y Egipto, no se sorprende de que, se den esclavos (se debe dar a ellos trabajo, “con esto ellos no se insurreccionan” Sir., 33, 28) y el instruido en oposición a los obreros analfabetos (que no son llevados a la asamblea popular” y “no se elevan de la comunidad”) tan alabado por ello, que él es “libre del trabajo” (id. 38, 24-34). Pero por otra parte no puede ser pasado por alto, que Israel –en eventual oposición a Aristóteles, cuyo *noésis noéseos* está tan ocupado consigo mismo, que no puede percibir algo distinto– describe a su Dios como alguien al que el trabajo no es desconocido: no sólo él descansa después que ha concluido su obra de creación, hasta hace cuidadosamente “vestidos de pieles” para Adán y Eva después de su expulsión del Paraíso (Gén. 3, 21), planta el páramo (Ez. 36, 36), cosecha (Mt. 25, 24) y conduce a su pueblo como un padre a su hijo (Dtn. I, 31).

Sin embargo, lo que Pablo había de decir sobre el trabajo, podía apenas ser experimentado como una novedad para sus contemporáneos. El hablaba sobre trabajo en una forma no diversa a lo que lo había hecho todo rabino activo en el derecho; a lo más llama la atención lo acentuado de las circunstancias, que él (¿en oposición a los otros apóstoles?) a pesar de su vocación, no había abandonado su profesión de fabricante de tiendas (Hech. 18, 3). El trabajo no es evidentemente para él algo que separa al hombre nuevo del viejo, sino que caracteriza a ambos por naturaleza. Esta concepción ha cambiado apenas en los primeros siglos después de Cristo, con lo cual sin duda (como en Pablo) se habla especialmente de obreros, no tanto de campesinos (las primeras comunidades cristianas surgieron en ciudades, lo que en el Imperio de Occidente, donde las ciudades fueron reiteradamente destruidas, siguió ocurriendo hasta la primera Edad Media). Junto a la circunstancia de que mediante él se puede evitar ser una carga para otros, dos ulteriores consecuencias del trabajo son elogiadas: que sus frutos permiten ejercitar el amor al prójimo (comp. Ef. 4, 28) y que ellas evitan la ociosidad. Esto último está vin-

culado a un cambio radical en comparación con los antiguos, a saber, respecto a la significación de las palabras (“ociosidad” en oposición a “ocio”) y continúa también la concepción judía (conf. p.ej. Spr. 6, 6-11); sin embargo mientras el Antiguo Testamento se limita en general a una condena de la ociosidad, destacan los autores cristianos a la ociosidad como una ocasión de pecado. Aún Tomás subraya que el trabajo *ad tollendum otium, ex quo multa mala oriuntur*, pero también sirve *ad concupiscentiae refrenationem, inquantum per hoc maceratur corpus*.⁶

Los cuatro motivos para el trabajo que enumera Tomás en la Alta Edad Media (proveer a las necesidades de la vida; evitar el ocio; castigo del cuerpo; hacer posible actos de amor al prójimo) reúnen en el fondo toda la “teología del trabajo”, que los padres de la Iglesia y la Edad Media habían desarrollado. También las Reglas de las distintas órdenes monásticas nada contienen, como se ha insinuado, sobre que el trabajo fuera –como se dice en el Nuevo Catecismo (2427)– una “continuación de la obra del Creador” (este pensamiento podía surgir por primera vez, cuando la naturaleza recién podía ser vista detrás de lo puesto por los hombres). También la *Regula Benedicti*, cuyo *ora et labora* se cita tan a menudo, ve –no de otro modo que las más antiguas reglas monásticas– al trabajo sobre todo desde el punto de vista de la automoderación de la comunidad de la orden y para impedir el ocio los monjes deben no sólo orar, sino también trabajar con sus manos y estar ocupados con santas lecturas, pues *otiositas inimica est animae*. (48,1). La iconografía de las obras de arte habla el mismo lenguaje, incluso la Madre del Señor es sorprendida por el Arcángel Gabriel casi siempre en un típico trabajo femenino (hilar, eventualmente teñir paños). Cuando Agustín, a pedido de otro obispo, debió analizar la actitud de monjes del Norte de Africa, que refiriéndose a I Cor. 3, 6-10 interpretaban a la oración como trabajo (y rehusaban otro trabajo), destacaba él que las palabras del Apóstol de los Gentiles, sólo quien trabaja puede comer, deben ser entendidas literalmente en el sentido de esfuerzo corporal (*De opere monachorum*). Tampoco desde Bizancio se oyen otras voces; cuanto más es allí, donde la economía se había desarrollado largo tiempo antes que en Occidente, donde antes y expresamente fue exigida la equidad en los préstamos.⁷ Sólo ocasionalmente se indica que el trabajo corporal exija actitudes espirituales, si conviene a Cristo (así Jerónimo en una carta a una monja); es destacado raramente el empeño (que a menudo se entiende en relación con 2 Cor. 9, 7: “Dios ama una oración alegre”), y la pereza no tenía nada que hacer con el *bonum commune* (así Orígenes y Juan Crisóstomo); no se da ningún texto que sin violencia pueda interpretarse como que el hombre puede continuar la obra de la creación, a lo más es presentado el trabajo

6 - ST II,II, 187.3

7 - Cf. Por ej. A.Guillou, *La civilisation byzantine*, 1974.

como cumplimiento de la orden de Gén. 2, 15.⁸ Que el mismo Salvador haya sido trabajador, es pasado por alto a lo largo de la Edad Media, casi suprimido; aun el autor de las Meditaciones sobre la Vida de Jesús atribuidas a San Buenaventura destaca que el Salvador ha obrado todo *nihil faciendo: nulla opera faciebat...*⁹

Para la Alta Edad Media permanece finalmente, que ésta –bajo un influjo selectivo de textos antiguos (se conocían pocos los griegos)– llegó a una cierta devaluación del trabajo corporal, en cuanto éste no podía ser calificado como profesional. Afirmó de nuevo las antiguas distinciones (transmitidas por Cicerón y Séneca) entre las *opera servilia* y las *opera liberalia* (creación, arte, servicio del Estado) por las cuales las primeras por razones terminológicas (“obras serviles”) eran devaluadas; además desde el S. XII las *opera servilia* son más frecuentemente identificadas con las *artes mechanicae*, lo que –en conexión con el pensamiento de Aristóteles– p. ej. en Tomás, lleva a una desvalorización del trabajo manual altamente desarrollado.¹⁰ De ese modo recibe el esfuerzo del trabajo, a veces aún más claramente que en los Padres de la Iglesia, el carácter de una penitencia impuesta a los hombres por razón de la falta de los primeros padres; en cuanto son conscientes de ello y no tienen falta grave, los campesinos son ocasionalmente llamados a entenderse como *martyres Dei*. Que los mendicantes deben enfrentarse en el S. XIII con el reproche de su vida errante y más tarde que el compromiso en las universidades sería un apartarse de lo contemplativo, variaba poco la situación; el trabajo no era ciertamente como tal, tema de la *vita activa*.

Ciertamente sobreviene el pensamiento de que esta penitencia podía ser disminuida mediante la creación de riqueza (piénsese en la famosa descripción del complicado sistema de molinos de agua de Clairvaux en la Vita S. Bernardi); en general tienen muchos cistercienses, como Hugo de San Víctor, una ininterrumpida relación por un lado con el progreso tecnológico, por otro lado con diversas profesiones, como más tarde los franciscanos y los dominicos.¹¹ Desde el S. XIV, este desarrollo puede relacionarse con un conocimiento más exacto de la significación

8 - La distinción entre un complemento del encargo, que Dios según el Génesis ha confiado a los hombres, y una continuación o perfeccionamiento de la obra de la creación de Dios, es hoy a menudo dejada de lado. La segunda idea se refiere menos al propósito de Dios y con ello al encargo del Gén.2,15, que a que el hombre ha sido creado como imagen de Dios, así GS 34 y LE 25 (cf.2, donde se subraya que se debe atender al nuevo contenido de significación del trabajo del hombre).

9 - Op.Omnia. ed. Pelletier, XII, 531.

10 - En los Comentarios a las Sentencias se dice una vez, que las artes mechanicae son aquellas, que se deja a los servi, también esclavos o siervos. La expresión *mechanicus*, que procede del libro *Mechanika* en el corpus aristotelicum, deriva erróneamente la Edad Media de moichos “adúltero”. Como lo “adúltero” de las artes mechanicae se considera desde el S. IX, que ellas, para ocultar su sutileza, busca p. ej. dar una forma a una cosa material, que no viene a ella por naturaleza. Para la historia del concepto conf. P. Sternagel, *Die Artes Mechanicae im Mittelalter* (Las Artes Mecánicas en la Edad Media) München 1966

11 - Esto no tiene que ver sólo con la espiritualidad de las órdenes “mendicantes”, sino también con el descubrimiento que se abre camino desde la segunda mitad del S. XII de la “Sabiduría de los griegos”; no se debe menospreciar, en qué extensión distrae el estudio de Aristóteles de una percepción de la experiencia cotidiana.

originaria de la *techné* (*ars*). El prepara el terreno para una comprensión del trabajo como dominio de la naturaleza; la *techné* aristotélica es ciertamente un “saber poder” (así certeramente Christian Meier), un eslabón entre experiencia y ciencia, en virtud del cual se tiene conocimiento de algo, en cuanto se hace algo (*recta ratio facibilium*), sin deber ocuparse de las “causas”. El concepto se acerca al pensamiento de que el obrero manual realiza un concepto, que en su espíritu precede al propio trabajo; por ello habla Tomás – si bien él sabe cabalmente, que ello no es literalmente exacto– a menudo en la exposición de la creación divina, como si el crear de Dios fuera comparable a la actividad de un artesano (lo que es sugerido ya en las palabras del *Credo factor(caeli et terrae)*). Porque el hacer del Creador divino no es ningún “confeccionar”, sino una *actio immanens*, su ilustración con la acción del obrero en el curso de los siglos siguientes va sin duda en aumento, y p. ej. la clásica distinción entre *praxis* y *poiesis*, *actio* y *factio* se borra, de modo que las actividades humanas (incluso la misma Política) son siempre representadas como si fueran un confeccionar.¹² En relación con la creciente división del trabajo esto conduce en la Edad Media tardía entre otras cosas, a que la distinción entre las *opera servilia* y las artes liberales empieza a perder significado; mientras el número de profesiones aumenta siempre, desde el punto de vista religioso tienden a tener igual valor. También las actividades espirituales, con mayor frecuencia percibidas como “trabajo” (esto vale hasta para los copistas), trabajo y actividad profesional tienen igual significación. Lutero ha destacado esto¹³, los calvinistas interpretan el trabajo exitoso, p. ej. el éxito profesional, como prueba del ser elegido por Dios; en Zwinglio (que en esto, él piensa en los campesinos) es señalado por primera vez que el trabajador sería semejante al creador, ya que de su trabajo se obtienen fruto y progreso; más tarde ha pensado Zinzendorf, “que el trabajo pertenece a la Cristiandad”.

Desde el S. XIV se empieza a diseñar –por cierto en conexión con el creciente bienestar– algo así como una genuina “espiritualidad del trabajo”, sobre todo en místicos como Jean Gerson, Eckhart y Tauler. El carácter penitencial del trabajo penoso pasa a segundo plano; él llega a ser tal, cuando es prestado en el recto espíritu, siempre descrito más a menudo como santo. La cercanía con estos autores lleva a subrayar la dimensión cotidiana de la existencia humana en la unión con Dios; el hombre, así se cree oír, no puede hacer todo, sino sólo el *unum necessarium* (L. 10, 42); pero para poder pagar ese uno, lo que siempre hace el hombre

12 - Comp. en *Theory and Practice, (Teoría y Práctica)* London 1967, pág. 75 ss. Porque para los antiguos especialmente las actividades morales eran *praxis* podía haber contribuido ese desarrollo a la separación Edad Moderna de ética y política (que naturalmente era siempre una tentación de los señores): la buena Política es entendida preferentemente como producción de un “estado”. Como positivamente crítico, tras el cual la cualidad moral de las acciones que lleva a él, pasa a segundo término.

13 - P. ej. Werke, ed. Clemen, I, 23.

justo es prestar también y precisamente realizar el trabajo cotidiano. El padre adoptivo de Cristo, así dice en una predicación Jean Gerson, se dedicaba a su trabajo en *joyeuse franchise*, "con alegre sinceridad", así puede saber cada uno que su pan cotidiano está bendito, cuando él lo toma por modelo de trabajo honrado. Sin conocer esas fuentes, en nuestro siglo el fundador del *Opus Dei*, Josemaría Escrivá, ha renovado este modo de espiritualidad del trabajo, por lo que en él el pensamiento moderno llega a que sólo el trabajo bien realizado, esto es, eficiente, es meritorio.¹⁵

Se puede pensar que el crecimiento de la producción, que se implanta en la Edad Media tardía en las ciudades del norte de Italia, y también al principio de la Edad Moderna, provocaba en muchas regiones de Europa un bienestar hasta entonces desconocido, producía también un cambio manifiesto en la comprensión cristiana del trabajo. El trabajo es en adelante de modo creciente "organizado" y "racionalizado"; él exige una especial manera de disciplina y es siempre más manifiestamente medido, si mejoran sus frutos. Pero ha corrido largo tiempo hasta que esto sea operante en el pensamiento de la Iglesia. Se puede también no situar demasiado pronto la percepción secular de este desarrollo; la significación de observaciones hechas incidentalmente como la de Francis Bacon "saber es poder" y la de Descartes sobre el cambio del hombre como *maitre et possesseur de la nature* son hoy muy sobrevaloradas, como en la enseñanza universitaria y luego en la difusión de ideas desde el S. XVIII que cambia muy lentamente, como da a entender la síntesis de la Historia de la Filosofía; a comienzos de este siglo aún en las universidades protestantes de Alemania se basaba a menudo la enseñanza de la Filosofía en textos escolásticos tardíos y lo mismo ocurría para la enseñanza católica de la Teología.

John Locke es el primero, que en 1690 concibe al trabajo como actividad creadora de valores, el trabajo es un concepto central recién en 1776 en la *Wealth of Nations* de Adam Smith, y aún Kant, que con gusto define cuidadosamente, describe aún al trabajo como una "ocupación desagradable en sí (fatigosa) y sólo por su resultado (p. ej. la remuneración) es atractiva"¹⁶. Antes de Hegel no se da en Alemania propiamente nadie que perciba la significación del trabajo para la *civil society*. Es posible que futuras investigaciones puedan mostrar que p. ej. en cartas de los fundadores de órdenes modernas o en predicaciones, se pueda comprobar un

14 - Oeuvres completes, ed. P. Glorieux, VII, 13.

15 - "Para vosotros el trabajo nunca puede ser un juego, que no se toma seriamente y tampoco un asunto para diletantes y amateurs. ¿De qué me sirve, si p. ej. si uno de mis hijos dice que él no es un buen alumno, pero sí un buen hijo? Si él no es un buen alumno - ¿para qué me sirve? En realidad él no es tampoco un buen hijo... Un hombre sin entusiasmo para su profesión no me sirve de nada", Meditaciones II, 122 conf. sobre esto P. Berglar, Opus Dei, Salzburg 1983, 278-294. He intentado a veces, desarrollar filosóficamente estos pensamientos, cuando presenté el "trabajo" según el modelo de la areté p. ej. *Deutsche Tagespost* v. 3 Januar 1987.

16 - *Kritik der Urteilskraft* (Crítica del juicio) pág. 43, 3; Werke (Obras), ed. Weischedel, V, 402.

cambio más temprano de la comprensión católica del trabajo; sin embargo se ve como si no sólo el trabajador industrial entrara en relación con la "cuestión social" (también en el S. XIX) bajo la mirada de la Iglesia, sino que también la teología católica recién después de la Segunda Guerra Mundial, empezó a analizar el fenómeno "trabajo" frente a la situación de los "trabajadores". Esto tuvo como consecuencia que tales reflexiones fueran simultáneamente polémicas con las ideologías comunistas; la discusión empezó en Francia ¹⁷, donde la Iglesia se ocupó del problema de los *pretres ouvriers* - de sacerdotes que con fundamentos misioneros fueron trabajadores industriales, pero al final cayeron a menudo en el marxismo.

Estas polémicas dejaron su huella hasta en los más altos documentos eclesiales. Esto quiere decir –en un tiempo en que "profesión" y "trabajo" apenas se distinguían terminológicamente y en que los sociólogos apenas advertían el sector servicios constantemente creciente– en *Gaudium et Spes*, que el trabajo sería una actividad, "que estampa su sello en las cosas materiales" (67), que peligrosamente suena como un eco de la reducción marxista-leninista de todo trabajo a un cambio de la naturaleza, y aún a producción industrial; y *Laborem exercens* (8) toma –sin nombrarlo– el pensamiento del joven Marx, de que mediante el trabajo el hombre "se realizaría como hombre", "llegaría a ser más hombre". También la formulación del *Catecismo* (ya insinuada en *Gaudium et Spes*), de que el hombre creado a imagen de Dios sería "llamado a continuar la obra de la Creación", no tendría lugar, si Marx en los años 40 del siglo pasado no hubiera insinuado que la Fenomenología del Espíritu, en que Hegel esboza la elevación de la consciencia al "saber absoluto", sería una representación bajo seudónimo de la autorealización del hombre mediante el trabajo.

Ciertamente no se debe aceptar de un modo precipitado, que en este respecto –como se ve muchas veces en la divulgación de la "teología de la revolución"– la Iglesia se ha dejado conducir por Marx y sus herederos. Más bien se debe pensar en la *exspoliatio Aegyptiorum* de Agustín, en la capacidad de la Iglesia en descubrir en las culturas extrañas (y más distanciadas) elementos, que en justicia corresponden a ella como administradora de la Revelación divina.¹⁸ Ciertamente se ha llegado a veces –hoy a menudo siempre en situaciones cada vez menos justas –a una re-

17 - M.D. Chenu, *Pour une théologie du travail*. Paris 1955. Chenu, un dominico, es conocido sobre todo por su Introducción al estudio de Tomás de Aquino, publicada en francés, en 1954. Cuatro años después de la aparición de su "Teología del trabajo", el teólogo holandés Remi C. Kwant en una serie de cursos que dictó en la Duquesne University (EE.UU.), ha mostrado no erróneamente, que Chenu en sus consideraciones se fundaba en Tomás, comp. Del mismo, *Philosophy of Labor*. Pittsburgh 1960, pág. 38.

18 - Esta preferencia se advierte muy claramente en la gran obra de teología moral de Karol Wojtyła *Osoba i czyn*: el toma conceptos marxistas como p. ej. el de "enajenación" y les da un sentido cristiano, comp. *Mi contribución en: K. Wojtyła, Filosofo Teologo Poeta* (Atti del primo colloquio internazionale del pensiero cristiano). Vaticano 1984, págs. 246-256

ducción del concepto a la producción industrial, que sugiere, que nosotros los hombres deberíamos producir “una contribución a la perfección de la obra de la Creación de Dios” (GS 67) y en cuanto a los –a la larga quizá devastadores, acaso irreparables– efectos negativos de la era industrial completada (¿que toca a su fin?). Pero la dirección final de las nuevas exposiciones de la autoridad eclesiástica se distingue muy claramente de todo marxismo: la Iglesia “se ocupa de la salvación de la persona humana” (GS 3), en referencia a lo que estamos tratando, frente a la técnica y el capital de elevar la dimensión personal de toda clase de trabajo y profesión humanos – en exacta oposición a las distintas especies de marxismo, que piensan siempre en la cuasi-realidad colectiva “hombre”, que se presentará por primera vez a la luz con la realización del comunismo y por tanto en el fin de la Historia, nunca “en mi y en ti, hoy y aquí”. En este sentido se debe también entender la frase que impresiona como extraña en una lectura superficial del *Catecismo* (2427), de que el trabajo puede ser “también salvador”. No sólo un marxista podría esperar, si se hablara de ello, cómo mediante lo colectivo de los hombres trabajadores puede ser establecido un mundo de hombres siempre más rectos; sin embargo ya la siguiente frase establece claramente que el *Catecismo* tiene en vista algo totalmente distinto, a saber el pensamiento muy viejo, ya expuesto por Pablo, de que nosotros, cuando recibimos con recto espíritu el esfuerzo y la pena, cooperamos en la obra de salvación de Cristo, en cuanto nosotros “completamos” lo que “falta todavía” a su Pasión (Col. 1, 24)..

Sin embargo –con esto quiero concluir– se tiene la impresión que aún hoy también, como ya en el Antiguo Testamento, la interpretación cristiana del trabajo es discrepante. Ella es alegre para el que lo cumple, obra que alegra y asimismo cruz a llevar. La opinión, que también sostiene el marxismo, que un día el trabajo sólo sería un placer, no está probado; pero la opinión que hoy se oye ocasionalmente, de que en la sociedad moderna no se da en una visión amplia suficiente trabajo para ocupar a todos, es una visión de horror, no una perspectiva de tiempos mejores. Tal vez se encuentre aquí inherente esta discrepancia del trabajo, arraigada en la discrepancia de la interpretación de la esencia del trabajo. Ciertamente apenas habla hoy alguien de que con el esfuerzo vinculado a él debemos expiar la trágica resolución, por la que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, en cuya puerta como hasta hoy el Querubín con “ardiente espada flamígera” (Gén. 3, 24) impedía a todos la entrada; se nos ha referido a menudo, que la historia de la Creación del Génesis sería un ropaje mitológico de la *condition humaine*. Pero también el *Catecismo* habla de que nosotros con nuestro trabajo “día a día” debemos llevar pacientemente sobre los hombros nuestra Cruz. Manifiestamente ello es así, y quizá precisamente nuestra “participación en la obra del

Creador" (LE 25) se sitúa bajo el signo de la Cruz. No es casual que Juan Pablo II recuerde al final de su Encíclica en ocasión del 90 aniversario de la aparición de la *Rerum Novarum*, otra vez expresamente la antigua tradición: "El sudor y la fatiga, que el trabajo trae consigo necesariamente en la presente situación de salvación de los hombres, ofrecen al cristiano y a todo hombre llamado a seguir a Cristo, la posibilidad de la participación amorosa en aquella obra, para la que Cristo ha venido. Esta obra de Salvación fue realizada mediante Pasión y Muerte de Cruz...(27)". Cada uno de nosotros cristianos, que –como especialmente los científicos y los artistas– puede experimentar su trabajo como entusiastamente autorealización¹⁹ no puede menos de experimentar esto de tiempo en tiempo. Como dice en la piedra umbral de Munich de una fundadora de orden beatificada: "Todas las obras de Dios son dolorosas".

Traducción: Alberto Espezel Berro

19 - La negativa global del concepto de "autorealización" no parece injustificada. La ética aristotélica y estoica, cuyos modelos de pensamiento ha tomado y desarrollado la teología cristiana, es ya una ética de realización de proyectos de personas humanas en actitudes. No se trata de no admitir la autorealización sino la comprensión errada del "yo"; también la persona dotada con la gracia divina se realiza a sí misma, también cuando obra en mi el Espíritu Santo, excepto quizá en un "éxtasis".